



Lo primero que hicieron fue pelearse

y devolver así el sosiego al espíritu atormentado de la señorita Alejandra que, tendente al pesimismo, estuvo en vilo desde que le anunciaron su llegada pensando que serían unos pequeños salvajes a los que no iba a ser posible meter en cintura; pero cuando vio cómo se propinaban puntapiés y puñetazos y se lanzaban mutuamente objetos diversos a las respectivas cabezas — el mediano al mayor, en concreto, el tintero; y el pequeño al mediano un par de libros de texto de tapa dura con los que le hizo sendos chichones — sonrió aliviada y comentó “por fortuna estaba en un error, porque buena predisposición sí se les ve”.

